

¿Por qué no estabecer nuevamente esa industria nacional, ahora que los arquitectos mexicanos construyen edificios de estilo colonial? Sería un recurso para muchos alumnos indigentes de nuestra Escuela de Bellas Artes.

El crecido consumo que hacía la comunidad de piezas de loza para el servicio del refectorio y cocina, cuyos productos los obtenía de Cuautitlán, Puebla y Guadalajara, determinó que se construyera un horno y se instalara alfarería. En 1775 se "hizo el horno en el potrero para labrar loza de provisión." El año de 1799, "se pintó el claustro alto y se le pusieron las estaciones del Calvario en azujelos"; por su factura y estilo de escritura, son distintos de los que existen en el cementerio, procedentes de Puebla. Esto hace suponer que indudablemente éstos fueron construídos en la alfarería del convento.

1847

EL 20 de agosto de 1847, el convento de Churubusco fué mudo testigo de uno de los hechos más gloriosos que registra nuestra patria historia, realizado por un puñado de esforzados mexicanos, que con valor sin igual, defendieron en su recinto y contornos, el honor, la independencia y la integridad nacionales.

La brillante división del Norte, la mejor equipada y la más disciplinada con que contaba la Nación, había sido vencida en la madrugada de ese día, debido principalmente a ruines pasiones de los generales Santa Anna y Valencia.

El ejército invasor acababa de obtener su primer triunfo en el Valle de México, y victorioso y resuelto, marchó en las primeras horas de la mañana a abrirse paso, desde los campos de Padierna hasta la capital de la República.

El ejército derrotado se retiraba en completo desorden, acosado por las descargas de las columnas americanas que le seguían de cerca, a las que no oponía resistencia alguna.

"Al amanecer del 20 de agosto, dice Guillermo Prieto en sus "Memorias," los americanos, vol-

teando nuestra posición por movimientos efectuados con la velocidad del relámpago, inclinaron su artillería y la nuestra sobre las fuerzas dispersas que huían por el descenso de las lomas y quedaron regueros de cadáveres; heridos que se arrastraban moribundos; carros hechos pedazos y mujeres enloquecidas de aullar, con los brazos levantados y los ojos de lobas perseguidas.... Aquella avalancha rodaba, se escurría loca, espantosa, en dirección a Churubusco. En la hondonada de una loma, tendido en el suelo, en mangas de camisa muy ensangrentada, se encontraba un joven como de veinticinco años, de notable apostura. Un hombre lo atendía con diligencia cariñosa, conociéndose sin esfuerzo al facultativo diestro y experimentado. Acerquéme al grupo y reconocí en el cirujano a mi ilustre amigo Antonio García Gutiérrez, autor del Trovador y honra de las letras españolas.

—Antonio, ¿qué es esto? ¿qué haces aquí?

—Guillermo, mi raza, mi raza...!

Y en efecto, García Gutiérrez fué un ángel de caridad en aquellas circunstancias, y yo cuando columbro entre sus laureles su recuerdo, le veo con gratitud, resplandeciente de bondad para con los defensores de mi patria."

El antiguo convento de Churubusco, aislado y sin alturas que lo protegieran, era el valladar que debía detener en su marcha victoriosa al

ejército de los Estados Unidos. Sus elementos de defensa eran unas malas trincheras a barbata, no concluidas, sin cubrir todos sus lados y que no podrían oponer larga resistencia a la artillería enemiga: cuatro cañones de a 8, uno de a 6 y dos de a 4, y mil trescientos soldados cuyas nueve décimas partes veían por primera vez una batalla. He aquí la fortaleza y el ejército que iban a resistir a ocho mil soldados triunfantes, orgullosos, inteligentemente dirigidos y provistos de todos los elementos necesarios para la guerra.

Los batallones de Guardia Nacional, que los componían seiscientos ochenta civiles, vieron desfilar, sin combatir, a cinco mil soldados de la división del Norte, quedándose ellos a sacrificarse ante el empuje de casi todo el ejército yanqui, ebrio de sangre y de gloria con la fácil acción de Padierna! Más tarde llegaron los piquetes de Tlapa, Chilpancingo y Galeana y una compañía de San Patricio.

Las tropas que cubrían los puntos avanzados del Sur, hacienda de San Antonio y rancho de Xotepingo, se replegaban a México. Solamente los defensores de Churubusco recibieron orden de resistir el empuje de los invasores, lo más que fuere posible, a fin de proteger la retirada de las tropas que de Coyoacán, San Angel y Xotepingo marchaban a la capital.

La recomendación de defender vigorosamente

el convento de Churubusco, la recibieron verbalmente de Santa Anna, los generales don Manuel Rincón y su segundo, don Pedro María Anaya, bajo cuyas órdenes estaba la defensa de ese punto.

A las diez y media, grupos de indígenas de las cercanías abandonaban sus chozas al acercarse los invasores, pasando por el convento, a cuyo recinto volvía el teniente coronel primer ayudante, don Francisco Peñúñuri, con los restos de un destacamento que llevó a Coyoacán para observar los movimientos del enemigo.

Dispuesto todo en Churubusco para repeler el ataque, dejaron que los americanos se acercaran para hacer fuego. Estos, confiados en no hallar resistencia, viendo que nuestras tropas se concentraban hacia la capital, sin combatir, se acercaron resueltos. Los generales Rincón y Anaya habían dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran a muy corta distancia, para economizar el parque. Así se hizo; y el estrago causado en las filas norteamericanas fué tan tremendo, que las obligó a detenerse momentáneamente, amedrentadas y sorprendidas. Repuestas de la sorpresa, siguen avanzando sobre el frente y costado derecho del parapeto. Este hecho de armas comenzó a los tres cuartos para las once de ese día.

Uno de los jefes que concurrieron a la defensa de Churubusco, con el grado de coronel de las Guardias Nacionales, fué don Manuel Eduardo de Gorostiza, el insigne dramaturgo mexicano, y por él sabemos la hora exacta en que se dispararon los primeros tiros en el convento.

“Gorostiza vió en su reloj la hora, dice un autor, sacó de su purera un habano, pidió lumbre a su ayudante y advirtiéndole que temblaba a éste la mano, díjole algún chiste adecuado al caso. A poco se había generalizado el combate, siendo el fuego tan vivo, que no se oían a veces los toques de órdenes ni las dianas de las bandas. Habíase colocado el coronel frente a una tronera sin cañón, y como su ayudante le suplicaba que arrendara un poco el caballo hacia un lado para quedar menos descubierto, le contestó: “Hijo mío, me quedo en mi puesto, porque en todas partes está la muerte.”

Hubo en aquella acción rasgos de valor, entre los cuales debe citarse el del joven don Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, mandado por Gorostiza, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto para alentar a sus soldados, expuesto a los fuegos contrarios, vitoreando a la República y sus generales. Arrojo inaudito, pues era la primera vez que este patriota desafiaba la muerte en un campo de batalla, dedicado antes, exclusivamente, a las labores científicas y literarias.

A pesar del valor con que pelearon los soldados americanos, fueron rechazados en su primer ataque. Reforzados con mayor número de tropas, acometen de nuevo por varias partes del convento, generalizándose en poco tiempo el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan, dice el capitán don Napoleón Saborío, ayudante del general Anaya, a quién seguiremos de preferencia en la narración de esta epopeya nacional; multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situación de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacado por la división del general Worth, que avanza sobre las tropas en retirada de San Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan a escasear, y se prevé el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

El general Santa Anna, a instancias de los defensores del convento, mandó los refuerzos de Tlapa, Chilpancingo y Guerrero y la compañía de San Patricio, de que se hizo mención, y un carro de parque, que resultó de diecinueve adarmes, para fusiles que no tenían este calibre. Así es que la desesperación de los soldados llegó a su colmo

cuando, con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron a los cajones de parque, y despedazándolos con las manos, llevaban los cartuchos al cañón, que desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos. Algunos cajones resultaron con parque de instrucción, y varios soldados, para suplir la bala, buscaban piedras de un tamaño proporcionado.

En los momentos de mayor pelea, y cuando el éxito parecía próximo a inclinarse en favor de los enemigos, el general Anaya subió a la esplanada a caballo, mandó cargar una pieza a metralla, y desmontando luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del lanza-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando a cuatro o cinco artilleros, al capitán Oleary que la servía, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, menos el general, quien, a pesar de haber permanecido ciego por algún tiempo, no abandonó el campo.

Durante toda la acción se le vió siempre en el peligro, lo mismo que al general Rincón, recorriendo el uno toda la línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar con serenidad increíble sus disposiciones como jefe.

Tres horas y media había durado ya la acción, sin que los repetidos esfuerzos de los americanos

les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de los defensores no decae, antes al contrario, a cada momento se sienten los soldados más deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones se agotaron completamente. El tiroteo comienza a apagarse paulatinamente, y cesa al fin.

De aquel convento que poco antes arrojaba fuego por todas partes, como un castillo, no sale entonces un solo tiro, como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pie. Sorpréndese el enemigo con aquel repentino silencio, que no acierta a comprender, y temiendo una estratagema de guerra, tarda algunos minutos en avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ningún daño. Los defensores, por su parte, llenos de desesperación, descansaban ya en su mayoría sobre sus armas descompuestas y ardientes como el fuego vivo que habían despedido.

Todavía, en aquellos momentos, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperación, y su arrojo añadió nuevas víctimas a las que ya había costado aquella memorable defensa. El intrépido Peñúñuri cargó a la balloneta sobre los americanos, a la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; mas apenas había avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala lo hiere de muerte. Ni aun entonces se doblaba su ánimo es-

forzado; incapaz ya de moverse, retirado por sus compañeros al interior del convento, continuó alentando a sus soldados, y muere al fin con la dignidad y la grandeza de los héroes.

También el capitán de cazadores, don Luis Martínez de Castro, recibió otra herida mortal al querer abrirse paso por entre los enemigos, para incorporarse a su regimiento, del que había sido cortado. Sucumbió, dejando en el corazón de sus familiares y amigos un vacío inmenso con su muerte, que lloraron la patria, la virtud y la literatura.

“La sangre de nuestros compatriotas, dice en el parte oficial el general Rincón, se había derramado a torrentes en aquel recinto, como lo acreditan 136 muertos y 99 heridos; por cuya causa nuestra fuerza se había debilitado, y muertos o heridos nuestros mejores artilleros, nuestros fuegos se minoraron considerablemente; lo que advertido por el enemigo, cayó sobre el punto, donde todavía encontró resistencia en las bayonetas de los valientes que lo defendían; pero al fin fué preciso replegarse al interior del convento, como lo hicieron nuestros soldados, con admirable orden y serenidad, sin que faltasen de sus puestos los señores jefes y oficiales, resolviéndonos el Excmo. Sr. general D. Pedro María Anaya y yo, así como

todos, a sufrir la suerte que nos tocara, antes de entrar en capitulación de ninguna clase.

“La defensa, Excmo. Sr., fué vigorosa, y se habría prolongado, si no fuera por las causas expresadas: pero doscientos treinta y cuatro conciudadanos nuestros han derramado su sangre en defensa de la patria; el campo enemigo quedó sembrado de cadáveres, entre los que se cuentan jefes de mucho valor y graduación, oficiales y tropa, cuya pérdida le es muy sensible; y sin duda por eso el enemigo elogia y admira nuestra resistencia.

“La República debe llorar la pérdida del bizarro primer ayudante del batallón de Independencia, don Francisco Peñúñuri, y las de los demás que han muerto defendiendo los sacrosantos derechos de su patria, cuyas familias merecen la alta consideración del supremo gobierno, que debe dispensarla también al valiente capitán de cazadores del batallón Independencia, don Luis Martínez de Castro, quién recibió dos heridas mortales.

“Por último, a todos cuantos bajo mis órdenes se batieron en Churubusco, los creo muy dignos de la consideración del supremo gobierno, por su brillante comportamiento, causa por la que no me atrevo a hacer recomendación alguna; pues la gloria adquirida es toda de ellos y toda por ellos, y el hablar una injusticia. Pero si cabe alguna dis-

tinción, permítaseme la haga en favor del señor general don Pedro María Anaya, quien sin embargo de estar quemado del rostro y manos y lastimado de una espinilla, recorría todos los puntos, presentándose en los mayores peligros y reanimándonos con su ejemplo. También recomiendo a V. E. al coronel retirado don Eleuterio Méndez, quién acreditó su valor y serenidad al frente del peligro; repitiendo que no hago más recomendaciones, porque me sería imposible, puesto que todos han llenado sus deberes con entusiasmo, valor y decisión admirables.”

El primero que se presentó sobre el parapeto, fué el capitán americano Smith, del 3o. de línea, quien dió aquel ejemplo de valor a cuantos le seguían. Y apenas se cercioró de que ya de parte de los defensores del convento no se podía hacer más resistencia, enarboló bandera blanca, e impidió que la turba salvaje que lo acompañaba cebara su furor en los vencidos.

Un hurra general había anunciado la llegada del general Twiggs; saludando cortés y marcialmente a los generales y oficiales mexicanos, arengó a los suyos, encomiando su valor y recomendando a los prisioneros. El general americano, al preguntar al general Anaya por las municiones existentes, contestó éste con acento espartano: “Si hubiera parque no estaría usted aquí.”

En aquella defensa heroica, las balas mexicanas habían acertado veintidós tiros al pabellón americano, que Twiggs llevaba en las manos, despedazado. Un momento después ondeaba en el convento de Churubusco, y presidía a la escena de muerte, desolación y ruina, que aquella mansión religiosa, tan sosegada y tranquila en otro tiempo, presentaba el 20 de agosto de 1847.

#### ATENTADOS SALVAJES DE LOS SOLDADOS AMERICANOS

Mientras que la división de Twiggs acantonaba en San Angel, la de Pilow en Mixcoac, la de Quitman en Tlálpam y la de Worth en Tacubaya, la brigada de Shields, compuesta de voluntarios de Nueva York y Carolina del Sur, acampó en el convento, permaneciendo allí hasta el 7 de septiembre que evacuaron ese lugar.

Durante esos diecinueve días ¿qué fué del convento de Churubusco, del templo, de la hermosísima capilla de San Antonio, primoroso ejemplar de arte colonial, de la extensa huerta, pletórica de árboles frutales, hortaliza y cereales? ¿Qué de los ornamentos de tisú, de damasco de Granada, de raso de Toledo, de telas ricas de Sevilla, muchos de ellos bordados a mano, acusando hábil y paciente labor de monjas; de las albas clásicas, y sobrepeíllices de primera clase, de Ruan de florete, guarnecidos con encaje fino de Flandes; de los frontales de todos colores, unos de damasco y otros de capichola; de los visos de lama de plata de los sagrarios; de los cálices de oro, obra acabada de orífices mexicanos; de las alfombras de Génova; de

las cátedras de nogal profusamente talladas; de las mesas y sillones de finas maderas y artística factura, y de tantas otras obras de arte con que contaba el convento?

Por fortuna para la historia de México, el archivo de ese convento se conserva íntegro, y de él tomamos las siguientes noticias que el Padre guardián, Fray Francisco Orruño y San Miguel, en funciones aquel año, rindió al convento de San Diego de México, a cuya jurisdicción pertenecía.

Después de dar cuenta del movimiento de caudales, de las adquisiciones hechas por donación y compra para la sacristía, iglesia y coro, de las obras y reparos llevados a cabo en el cementerio, convento y huerta; después de manifestar que la biblioteca, la ropería, el refectorio y la cocina quedaban en el mismo estado de prosperidad en que los recibió, y de que el personal del convento lo componían cinco religiosos, cuatro donados y dos comensales, prosigue con hondo sentimiento y justa indignación en contra de las salvajes hordas americanas en estos términos:

“En este estado se hallaba el convento el día 21 de junio del presente año de 47, y el día 22, se apoderó el gobierno de todo, convirtiéndolo en presidio, cuartel y fortaleza, comenzando entonces el infeliz estado de ruina en que se halla, y en que

con bastante pena y sentimiento de mi corazón lo entrego, haciendo una sucinta relación, como sigue:

#### IGLESIA Y SACRISTIA

Los dos sagrarios, del Altar Mayor, y el de la Purísima, descerrajados, y robados los adornos interiores de cortinitas, pabelloncitos y corporales.

It. Un cáliz con patena, cucharita y corporales que se robaron.

It. La imagen de Ntra. Sra. de Loreto, robado su adorno, cabeza y Niño, y sólo queda la armazón del cuerpecito.

It. La imagen de N. P. S. Francisco, enteramente desnuda, pues le robaron el Hábito y Manto con que estaba adornada.

It. Desenvigado en partes el Altar de la Purísima.

It. Un gran pedazo que le cortaron a la Colgadura.

It. La Alacena de la Sacristía, descerrajada.

It. Los cajoncitos de los Amitos rotos, y quebrados.

It. La mayor parte de la Sacristía desenvigada; pero se está medio aderezando.

It. La puerta de la Sacristía descerrajada, y doblado el cerrojo.

O H U R U B U S C O

It. La puerta de las bodegas de la Sacristía descerrajada y rota.

It. Algunas vigas robadas del envigado junto al cancel de la Iglesia.

It. Un paño de Cáliz, con bolsa de corporales, que se robaron.

It. Una estola y manípulo del ornamento de 1a. clase.

It. Otra estola, y manípulo de otro ornamento.

It. Estola, manípulo y paño de cáliz, y bolsa de corporales del ornamento, encarnado de primera clase, y su almaisal.

It. El ornamento encarnado de tisú, todo entero, esto es la casulla y sus avíos.

It. Le quitaron el galón a otro ornamento blanco que servía para segunda clase.

It. Descerrajaron la capilla de S. S. Antonio y se llevaron el mantel, palio y guardapolero y el Sto. Cristo de bronce que servía para las misas.

It. Cuatro ramilletes de pie de cristal, que tenía S. S. Antonio.

It. Un par de vinajeras corrientes con su platillo.

It. Multitud de purificadores, corporales, hijuelas, parba palios y amitos, que se robaron de la Alacena de la Sacristía.

It. Se robaron las tres ojías, con sus roquetes, de los Acólitos.

H U I T Z I L O P O C H C O

It. La tarima de la capilla de S. S. Antonio fue para quemar; e igualmente la alfombra.

It. Un roquete fino, y dos manteles corrientes.

It. Las potencias de plata de un Sto. Cristo.

It. El espejo grande y el vidrio de uno de los visos, los rompieron.

It. Se llevaron una llave del aguamanil.

CORO

La cortina azul de la puerta se la llevaron.

It. El lienzo del Nacimiento, que cubría el otro nacimiento.

It. Las cintas anchas del Facistol, y la del atril del antepecho.

It. Maltrataron el órgano, y aunque le quitaron algunos llavines, pero no se los llevaron, sino que los dejaron tirados, y robada la chapa de su puerta.

LIBRERIA

Unica pieza que se libró del robo, aunque no del registro.

ROPERIA Y CONVENTO

Todas las tarimas rotas, dos quemadas, y otras que faltan.

Todas las sillas de la celda del Provl. se han desaparecido, y sólo la silla de brazos quedó rota e inservible. Se llevaron tres: